

materia cultural y social; el concepto de persistencia histórica y vigencia actual de la cultura indígena; la valorización de la dialéctica entre conservación y renovación; la descripción de la polarización de lo hegemónico y lo marginal; la percepción de desarmonías en la literatura nacional; la concepción del proceso literario como inseparable del proyecto de nación; la exigencia de transformación de las relaciones sociales como fundamento indispensable para la construcción de una auténtica literatura nacional. Consideramos que una de las mayores virtudes del libro del profesor Antonio Cornejo radica en la potencialidad de sus tesis para ser aplicadas al conjunto de la literatura latinoamericana.

Eduardo Hopkins R.

ROTKER, Susana. *Fundación de una escritura: las crónicas de José Martí*. La Habana, Casa de las Américas, 1992.

El estudio de Susana Rotker, ganador del premio de ensayo Casa de las Américas 1991, se propone explicar "la redefinición de la escritura periodística y literaria en la América Latina a finales del siglo XIX, redefinición encabezada por Martí como corresponsal en Nueva York de los principales diarios hispanoamericanos". La propuesta de tomar la crónica, como centro de reflexión obedece a una doble intención: por un lado, recuperar para los estudios literarios un género marginal y por otro cuestionar la imagen convencional del Modernismo. Para ello la obra de Martí se presenta como paradigmática, más aún cuando es el iniciador de la nueva poética en un momento de profunda crisis que significó precisamente la fundación de una escritura original y propia. En este orden de cosas, la crónica modernista fue un lugar de encuentro entre periodismo y literatura, un lugar de expresión de las contradicciones no resueltas de la época. Entre el subjetivismo y la factualidad, el género permitió a Martí, al igual que a muchos modernistas, criticar y referir su sociedad al mismo tiempo que construir una poética en un espacio más democrático que el libro. Los estudios sobre el modernismo, por su parte, desde los ya clásicos de Angel Rama hasta los recientes de Julio Ramos, Aníbal Gonzales o Iris Zavala, entre otros, han variado sustancialmente su enfoque, observándose un interés creciente por explicar el fenómeno de la constitución de la escritura moderna en Hispanoamérica y su especificidad en el contexto de la modernización de fines del siglo XIX, en cuyo marco la poética modernista, expresada a través de sus diversos géneros, inclusive la lírica, aparentemente tan de espaldas a la historia, ha desempeñado un rol fundamental.

El primer capítulo ("La crónica modernista: algunas consideraciones sobre la crítica literaria") que funciona a manera de introducción, plantea el problema de investigación y justifica la elección de la crónica como objeto de reflexión argumentando que este discurso ocupa una buena proporción de la obra de Martí, Darío y de muchos de los modernistas. Además, el énfasis puesto en la poesía modernista ha impedido hasta cierto punto apreciar los rasgos estilísticos comunes con la crónica, género nuevo de las letras hispanoamericanas, renovador y transgresor, con lo cual se ha configurado una visión parcial del modernismo: se le acusa de ser sólo la fusión

estetizante y frívola de corrientes importadas de Europa, o, peor aún, de ser un movimiento al servicio de los proyectos de las burguesías importadoras cuando en general fue un "momento signifiicante y ambivalente de resistencia a la burguesía". En ese sentido la crónica como espacio de encuentro de discursos heterogéneos, mezcla del subjetivismo reivindicado por los escritores y la referencialidad propia del periodismo, propone como una condensación que produce la necesidad de cohesión y trascendentalismo ante un mundo fragmentado y dominado por la sospecha y la incertidumbre.

El segundo capítulo ("El trasfondo de la representación") plantea básicamente la caracterización de la modernidad y su relación con el modernismo. Gracias al flujo informativo, la variación de clases sociales, las posibilidades de viajar y la violenta urbanización, los modernistas pudieron sentirse en medio de la modernidad. A pesar de la conciencia de cambio, de la movilidad, de la desacralización del mundo, existía, sin embargo, un sentimiento de desarraigo toda vez que se imponía un mundo fragmentado donde coexistían discursos e ideologías disímiles enmarcadas por una conciencia cosmopolita y una nueva percepción del mundo y de sus relaciones. Esta nueva percepción significó en el caso de la literatura el descarte, como en el romanticismo europeo, de la existencia clásica del arte como imitación de la naturaleza, es decir la afirmación de un subjetivismo que funciona como ordenador en medio del caos.

El tercer capítulo ("El papel de los escritores") describe la evolución en la autonomización de los discursos y la ubicación del escritor en la sociedad finisecular. En general, esta autonomización no significó el torremarfilismo en el que comúnmente se ha encasillado al modernismo sino que incluyó la obligación de referir y pensar el acontecer cotidiano a partir del periodismo. En cuanto al escritor, propuso una nueva autoridad discursiva que sentaba las bases de la futura transculturación literaria en América Latina. Es interesante además el deslinde que hace la autora de la función ideológica de los modernistas. Reformula las condenas a la "proclividad" modernista por lo ornamental afirmando más bien su búsqueda incesante de un trascendentalismo ajeno a los imperativos pragmático-utilitaristas vigentes en la época.

El cuarto capítulo ("El lugar de la crónica") describe a la crónica en cuanto género. Aquí se detalla con agudeza la evolución y el rol del periodismo en la sociedad hispanoamericana desde la post-Independencia, en que se instaura su papel de difusor estatal, hasta el advenimiento de la crisis finisecular, donde la función comercial, sin desplazar completamente a la anterior, hegemonizará el nuevo espacio discursivo y creará al mismo tiempo un público al que habrá que complacer. Con todo, el periódico es un espacio donde luchan una serie de autoridades discursivas, de las que el escritor modernista tratará de diferenciarse y al mismo tiempo constituirse a partir de su estilo. Aunque la crónica modernista, explica la autora, parece estar en relación con los relatos de la Conquista y la Colonia hispanoamericana, es más razonable mencionar la influencia del cuadro de costumbres francés e inglés, la tradición palmista, la *chronique* periodística francesa de mediados del siglo XIX, y sobre todo, del periodismo norteamericano. "La crónica modernista se distancia de la externidad de las descripciones defendiendo el Yo del sujeto literario y su derecho a

la subjetividad". Por ello el periódico, con toda su carga de presión y actualidad, fue el espacio donde muchos de los modernistas consolidaron lo mejor de su obra. De otro lado, la crónica como lugar de encuentro entre periodismo y literatura supone el hecho de considerar al género como una elección alejada del torremarfilismo y la marginación lujosa de la sociedad que erróneamente se les ha atribuido a los modernistas.

El capítulo siguiente ("La crónica: fundación de una escritura") incluye dos largos apartados donde se analizan detalladamente las crónicas martianas. "El centenario de Calderón", "Jesse James", "El puente de Brooklyn" o "El terremoto de Charleston", entre otras, conforman eso que la autora ha llamado la mezcla de la representación referencial y la creación de un orden que sólo existe en el espacio del texto mismo. Por ello este género rompe con los esquemas que separan el arte, la creación, del mundo de lo real, de la producción. Las crónicas martianas, en tanto práctica discursiva, proponen un idealismo asentado en lo real, "donde sobre el yo ordenador gravitan la historia y la inmediatez, donde se intenta reconstruir algún tipo de armonía". La crónica, en fin, se constituye como una nueva épica, como un laboratorio donde se ensaya y se difunde la nueva sensibilidad y se cuestiona la existencia. Además de los valiosos análisis que desarrolla la autora, ésta hace explícitas las "herramientas prácticas para analizar la crónica como género", las cuales "han sido inexistentes hasta ahora". Este aspecto es particularmente interesante ya que suma a su estimulante estudio una metodología que sin duda auxiliará a los investigadores que se interesen por un tema y una época tan apasionantes, y de asombrosa actualidad.

En suma, *Fundación de una escritura: las crónicas de José Martí*, es un texto importante para comprender y explicar una etapa fundamental de la cultura hispanoamericana.

Biblioteca de Letras

«Jorge Puccinelli Converso»

Edgar Álvarez Chacón

REYES TARAZONA, Roberto. *En corral ajeno*. Lima, PEISA, 1992.

La obra literaria de Roberto Reyes (Lima, 1947) no es todavía muy extensa, pero ocupa ya un lugar importante en la narrativa peruana contemporánea. Su primer libro de cuentos, *Infierno a plazos*, es de 1978; diez años después da a conocer la novela *Los verdes años del billar*, y ahora, en una pulcra edición de Peisa, aparece *En corral ajeno*, cabal confirmación de su talento.

En sus dos libros anteriores Roberto Reyes ha trabajado con empeño y conocimiento el ambiente del barrio popular. Pertenece, pues, por derecho propio, a la corriente de la narrativa urbana realista, concretamente en lo que se ha llamado la *narrativa de collera*. Esta tendencia, que ha conseguido logros sobresalientes, como *Los inocentes*, de Reynoso, y *Los jefes*, de Vargas Llosa, tiene como punto de partida un fenómeno que resultaba nuevo en los años cincuenta y sesenta, cuando, a la